

paganas, no hacian mas que obras exteriores, sin tener verdaderas disposiciones cristianas.

Mientras que por una parte gran número de cristianos se dirigia en peregrinacion á Jerusalem á visitar los lugares donde habia vivido el Salvador, y el sepulcro donde la emperatriz Helena habia erigido la iglesia de la Resurreccion, para orar allí con ardiente fervor y consagrarse á una vida semejante á la de su Dios; por otra veíase con dolor agregarse á aquellos piadosos peregrinos una turba de malos cristianos, impulsados por motivos puramente humanos, y á veces supersticiosos. Muchos Padres de la Iglesia¹ se quejaron de esto mismo, y san Jerónimo llegó á decir que lo que convenia á los Cristianos no era haber estado en Jerusalem, sino haber vivido allí de una manera acepta á Dios. Si las frecuentes y vivas controversias del Oriente aumentaron el valor y la fe de los fieles, contribuyeron tambien por desgracia á perturbar el orden legal y á introducir en las costumbres una rara barbarie².

Se engañaria altamente, sin embargo, el que pretendiese envolver en tales acusaciones á todos los Cristianos de aquella época. Los incomparables caracteres de tantos santos y esclarecidos doctores, la afectuosa adhesion de tantos fieles hácia sus obispos, y el entusiasmo que les inspiraba tan generosos sacrificios para la manutencion del clero y las fundaciones piadosas, prueban que el germen de la vida reinaba aun en la Iglesia, animando á los pastores y al rebaño.

Tampoco deben perderse de vista los incesantes esfuerzos, por lo regular coronados con el éxito, de los mas célebres obispos de entonces en favor de la *abolicion de la esclavitud*. San Juan Crisóstomo entre todos fue infatigable. No se pueden contar todas las ocasiones en que habla del origen y de la naturaleza de la esclavitud, y de los cambios que Cristo habia introducido en las ideas de libertad y de los derechos del hombre. Asimismo insistió con aquel estilo grave, profundo y penetrante que le era peculiar, en la necesidad de las relaciones cristianas y fraternales entre los amos y los esclavos, y

¹ *Gregor. Nyss. Or. de eis qui adeunt Hieros. — Epp. ad Ambros. et Basilissam. Cf. Hieronym. ep. ad Paulin.*

² *Isidor. Pelusiot. ep. lib. III, ep. 133.*

en la educacion y cultura que debia darse á estos últimos; pero lo que con mas fuerza reclamó para ellos fue la libertad. Los frutos de estas vivas y afectuosas exhortaciones se conocieron muy pronto en una larga série de leyes imperiales favorables á los esclavos.

Por último, lo que especialmente caracteriza á este periodo bajo el aspecto religioso y moral es la vida de los monjes.

§ CXLI.

Idea de la vida monástica.

Pretender explicar el monaquismo diciendo que nació del clima del Egipto, es lo mismo que creer explicar el origen de los gusanos diciendo que nacen de la corrupcion del polvo. Una idea mas alta es la que nos hace concebir el monaquismo. Hay hombres que por un llamamiento especial, por un instinto enteramente divino se ven impulsados desde este mundo á vivir la vida de los Angeles, y se sienten irresistiblemente arrastrados á una existencia pura y contemplativa. Este hombre es el monje: sacude los grillos que le agobián y le sujetan á la tierra, vende lo que posee, y renuncia al matrimonio¹. Sin embargo, la naturaleza humana tiene una necesidad imprescindible de la sociedad. El hombre comprende que sólo no puede llevar á cabo nada que sea grande, ni llegar fácilmente al fin que se propone: Así es que el solitario se agrega á otros solitarios, y de esta suerte surge un monasterio. En él se encuentran todos unidos por la virtud de cada uno; en él cada cual se somete á la prudencia de los otros, pues el monje aislado desconfia de su flaqueza, al paso que los monjes reunidos tienen la conciencia de su fortaleza. Entonces nacen como necesariamente y se comprenden con facilidad los votos de *pobreza*, de *castidad* y de *obediencia*, bases de todas las reglas y de todas las formas monásticas. Es evidente que esta vida santa de los monasterios no fue siempre floreciente; pues debe tenerse en cuenta que ciertos tiempos y circunstancias la fortifican y favorecen mas que otros. Y aun cuando se encuentran huellas de esta vida perfecta entre los Esenios y los Terapeutas en el

¹ *Luc. xx, 35.*

Tibet y en la China, solo el Cristianismo puede darnos de ella una idea verdadera y completa. La vida monástica no es mas que la aplicacion rigurosa, la realizacion perfecta del Cristianismo. La imperfeccion de las cosas humanas nos persuade de que esta realizacion no ha correspondido siempre á su bello ideal: muchos hechos así nos lo prueban; pero esto no impide el que no sea raro encontrar entre los monjes los mas bellos caracteres de su tiempo y los maestros de los mas grandes Doctores de la Iglesia. San Atanasio, san Basilio, san Gregorio Nacianceno, san Juan Crisóstomo, san Efren, san Jerónimo, san Agustín y tantos otros, adquirieron por medio de sus relaciones con los monjes la viva luz de que inundaron á su siglo y á las edades posteriores. La santa gravedad de sus costumbres, la noble dignidad de su continente, la sabiduría de su doctrina, la profundidad de sus sentimientos, la elevacion de sus ideas y la unción de su palabra no se parecían en nada á la sabiduría exterior, vana y pomposa de los filósofos de Atenas y de Alejandria. Tales eran los frutos maduros de la vida ascética y recogida, á la cual se consagraban en la soledad aquellos sábios varones, ó los que habían cogido bajo la direccion de los monjes del Egipto y de la Siria. «En ninguna parte, dice san Agustín para caracterizar la «vida monástica, he visto hombres mejores que los buenos que se encuentran en los conventos; y no los he conocido peores que los malos que habitan en ellos.» Pasiones que ofenden á la naturaleza, cierto humor sombrío, exacerbado hasta la desesperacion, ó, bajo otra forma, una santidad orgullosa y farisáica, son los caracteres mas comunes de los malos monjes.

§ CXLII.

La vida monástica en Oriente. — San Antonio.

FUENTES. — *Joann. Cassiani*, de Institut. coenobior. et collationes monachor. (opp. ed. Gazaecus. Atrebatii, 1628, in fol.). — *Palladii* († hacia el 420) Hist. Lausiaca (Coll. Patrum Eccl. Gr. t. III). — *Theodoretii*, Histor. religiosa, etc. (opp. ed. Schulze, t. III, p. 41). — *Socrat.* Hist. eccl. IV, 23 sq. — *Sozom.* I, 12-14; III, 14; VI, 28-34: Vida de varios ermitaños y muchas cartas de san Jerónimo. — *Martene*, de Antiquis monach. Ritib. Lugd. 1690. — *Holstenii*, Cod. regul. monasticar., etc. (Véase p. 18, n. 3). — *Helyot*, Órdenes monásticas y militares. Par. 1714-19, t. VIII, in 4. — *Schmidt*, los monjes, religiosas, órdenes relig.-milit., sus reglas, su historia. Augsbourg, 1828. — *Biedenfeld*, Origen, desarrollo, etc. de los conventos de monjes y de religiosas en Oriente y Occidente, segun documentos originales. Weimar, 1837. 2 t. suppl. 1840.

Se encuentran ascetas y ermitaños desde el primer periodo de la historia de la Iglesia. Con todo, el verdadero fundador de la vida monacal fue san Antonio¹.

Hijo de nobles padres, ricos y cristianos, los perdió desde muy joven. Siendo todavía niño, no encontraba placer en contribuir á los juegos de sus compañeros: permaneció privado de toda instruccion científica; pero se sintió desde entonces atraído á la vida contemplativa. Cierta dia oyó las palabras del Salvador, dirigidas al rico del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tengas²;» en otra ocasion oyó las siguientes: «No os inquieteis por el dia de mañana³.» Conmovido profundamente con estas frases, vendió de repente todos sus bienes, no obstante su juventud; renunció á las riquezas de la tierra, y se consagró á imitar la vida de los piadosos ermitaños de aquel tiempo. Necesitó muy grandes esfuerzos, y tuvo que sostener terribles luchas contra su naturaleza y contra Satanás; pero salió victorioso, merced á la

¹ *Athanasii Vita S. Antonii* (opp. t. II, p. 450 sq.). *Hieronym.* de Vir. ill. c. 88. Cf. *Tillemont*, t. VII, p. 105 sq. *Mehler*, *Atanas. M.* t. II, p. 90-113.

² Mat. xix, 21.

³ Mat. vi, 34.

Gracia que le sostuvo, y no abandonó la soledad que había elegido hasta la época de la persecucion de los Cristianos bajo Maximino (311). Entonces se presentó en Alejandría para consolar á los fieles, ante los cuales apareció como un ángel protector enviado del cielo. Y cuando volvió á su soledad querida, le acompañaron al desierto muchos de sus discípulos y admiradores. Allí, estos fieles hijos, rodeando á su padre con su obediencia y su adhesion, rivalizaban con él en virtud y piedad, pasando de la contemplacion de los bienes futuros, objeto de sus esperanzas, á los trabajos manuales, que les proporcionaban los medios de ser los bienhechores de los pobres de las regiones vecinas. Antonio permaneció siempre humilde y reservado en medio del respeto universal que le rodeaba, y que aumentaba su poder de hacer milagros. Un día le presentaron á un endemoniado para que lo curase. «Ó hombre, le dijo al que le conducía, ¿por qué me imploras? ¿Por «ventura no soy yo un hombre como tú? Si crees en Cristo á quien «yo sirvo, vé, pídelo á Dios con fe, y te curarás.» En otra ocasion recibió una carta del emperador Constantino y de sus hijos, y entonces dijo á sus monjes: «No os admireis de que el Emperador nos escriba: él no es mas que un hombre; pero debeis maravillaros de que Dios haya dado su Ley á los hombres, y nos «haya hablado por medio de su Hijo.» En su respuesta al Emperador se expresó de este modo: «Me regocijo de que honreis á «Cristo: llenad vuestros deberes de emperador, meditaed en el juicio final, y pensad en que solo Cristo es verdadero y eterno Rey.» Su espíritu naturalmente fecundo, el hábito de contemplar la naturaleza y de meditar en las santas Escrituras, cuya sustancia se había asimilado, suplian en él abundantemente la falta de cultura humana y de instruccion científica. Así es que sabia hablar á los sábios y á los letrados, consolando á unos y otros. Como hubieran venido á tentarle dos filósofos griegos, les dijo: «¿Por qué venís á hablar con un insensato?—No lo sois, le respondieron los «dos sábios.—En ese caso, convertíos en lo que yo, replicó Antonio.» Burlábanse un día de que no supiera leer, y preguntó el santo ermitaño: «¿Qué es anterior, el espíritu ó la letra?—El «espíritu, le respondieron.—El que está dotado de un espíritu «sano no necesita de la letra; pues él lee en el gran libro de la na-

turalaleza, escrito por la mano del mismo Dios, respondió Antonio.»

«Vuestra Religion no tiene pruebas, le objetaban ciertos filósofos.—¿Cómo, replicó el monje, se adquiere cualquiera conocimiento, y especialmente el de Dios? ¿Es demostrativo, ó «nace inmediatamente de la fe? ¿Cuál es el mas antiguo de los dos, «el conocimiento fundado en la fe, ó el producido por la demostracion?—El que descansa en la fe, le respondieron.—Luego, replicó Antonio, este conocimiento es mas noble y mas seguro que «el que se apoya en vuestros argumentos sofísticos. Vuestros silogismos ¿han logrado convertir al Helenismo á algun cristiano? «Pues nosotros que anunciamos la fe de Cristo hemos destruido «vuestras supersticiones.»

El santo anacoreta contribuyó con gran eficacia al triunfo de la verdad y de las sanas ideas sobre la naturaleza de Cristo, y al restablecimiento de la paz en la Iglesia, cuando las controversias de Arrianos y Melecianos. Los peligros futuros de la Iglesia le fueron revelados en una vision extática, anunciándoselos á sus hermanos con lágrimas en los ojos.

Por espacio de mucho tiempo ansió ver á Pablo, el solitario de la Tebaida, y, en efecto, poco antes de la muerte de este, fué á visitarle su santo émulo y contemporáneo. Presintiendo ya Antonio el momento de la suya, se perdió en lo mas profundo del desierto, no sin haber exhortado antes y por última vez á sus monjes á que se precaviesen contra cualquiera error, y conservasen las tradiciones de sus padres. Allí murió á la edad de ciento cinco años (356) dejando, aun cuando nunca estuvo casado, una posteridad mas numerosa y floreciente que las batallas de Leuctres y de Mantinea, legadas por Epaminondas á su patria.

Jamás se le vió sombrío ni triste: su alma estaba siempre muy sosegada, y su espíritu sereno. Semejante vida, contada por un biógrafo como san Atanasio, debía excitar el entusiasta deseo de imitarla en todas las almas capaces de comprenderla.

Los monjes, guiados por tanto tiempo por este santo maestro, fueron abandonando poco á poco su soledad, y se reunieron y formaron sociedades mas íntimas, cuando san Pacomio fundó (340) en la isla de Távena, sobre el Nilo, un monasterio (*coenobion, claus-*

trum), dándoles una regla de vida comun. Por la misma época, Amonio en los montes de Nitria, é Hilarion en el desierto de Gaza, fundaron reuniones semejantes; y de aquí se fué extendiendo la vida monástica por la Palestina y la Siria, siendo Eustaquio de Sebaste el que mas se esforzó por propagarla en aquella provincia y en el Asia Menor. Valente procuró en vano contener este movimiento de los espíritus hácia la vida monástica, por temor de que fuese arrastrado á ella gran número de los soldados de su ejército.

San Basilio Magno ejerció en Oriente una influencia inmensa sobre la vida monástica. No solo dió reglas nuevas, sino que fundó en las cercanías de Neocesarea un convento, que fue un verdadero antemural contra el Arrianismo. Mientras que en el seno mismo de la Iglesia católica las controversias de los Antitrinitarios del siglo III y las de los Arrianos en el IV dieron á los entendimientos cierta tendencia racionalista y especulativa, extraña á la práctica del Evangelio, preparaba el monaquismo una reaccion, silenciosa en un principio, pero despues ruidosa y viva ¹. Conservando los monasterios el verdadero sentido de la doctrina cristiana, prestaron á la Iglesia nueva vida, y nuevo vuelo á literatura cristiana.

En un principio fueron legos los monjes, y solo eran sacerdotes los jefes de los conventos, estando todos sometidos á la vigilancia episcopal ². Con el tiempo llegaron á ser los conventos los principales planteles del Clero y de los Obispos. Todas las reglas exigian los tres votos de que ya hemos hecho mencion, aun cuando no se consideraban como irrevocables. Con todo, la vuelta de un monje á la vida mundana era juzgada como la prueba de una fe tibia y de una voluntad vacilante. San Crisóstomo describe la manera de vivir los monjes de la manera siguiente: «El canto de los himnos saludaba «el día naciente; seguia la meditacion sobre las santas Escrituras. «Á la tertia, sexta y nona, se rezaba en comun; el tiempo restante «se consagraba al trabajo.» El fruto de este trabajo servia por lo regular para salvar á regiones enteras de los horrores del hambre en tiempos de escasez. El género de vida mas singular entre los monjes, fue sin contradiccion el de los Estilitas. Simeon el Estilita en-

¹ Cf. la literat. crist. y el monaquismo en el siglo IV. (Garres y Phillipps, Páginas histór. y polít. t. VII, p. 332-38).

² Thomassini, I. I, t. I, lib. III, cap. 26.

contró muchos imitadores en Oriente: en Occidente se vió un diácono estilita cerca de Tréveris.

El deseo de practicar una vida angelical debia encenderse tambien en el corazon de las mujeres, tan capaces como son de la abnegacion cristiana. Así fue que se reunieron para vivir en comun vírgenes en la flor de sus años y viudas experimentadas. Segun se dice, la hermana de san Antonio presidió la primera de estas reuniones, para las cuales escribió san Pacomio la primera regla. Dábase á las piadosas solitarias el nombre egipcio de *nonnes* (vírgenes). San Basilio Magno las introdujo en Capadocia. Un velo, una pequeña mitra de oro, corona de la virginidad, y á veces un anillo eran sus insignias exteriores.

Si tenemos presente, por último, que el monaquismo se extendió desde entonces por gran parte del Occidente (y la historia de los pueblos germánicos nos hará conocer su poderosa influencia); si consideramos la variedad de las costumbres, la diversidad de caracteres de tantos pueblos, la diferencia de climas de tantos países, tan contrarios á las costumbres egipcias; si reflexionamos en la violencia que la vida monástica ejerce contra la naturaleza humana; y si á pesar de todo esto vemos á los Cristianos del África, del Asia y de Europa abrazarla con el mismo entusiasmo, practicarla con la misma fidelidad y conservarla con la misma constancia; nos sobra razon para rechazar como insuficiente cualquiera explicacion fundada en simples motivos naturales de tiempos, de lugares ó circunstancias, y nos vemos obligados á confesar que el universal fervor con que se abrazó un género de vida tan duro y tan extraordinario no podia nacer de pensamientos terrestres y mundanos.

§ CXLIII.

Adversarios de la vida eclesiástica.

1.º *Prisciliano*, rico español, dotado de una palabra elocuente, pero oscura, esparció bajo el reinado de Teodosio I una doctrina, renovacion del Gnosticismo, ó mas bien del Maniqueismo, el cual jamás habia quedado enteramente destruido. Dicha doctrina, que encontró prosélitos en un conventículo de aquella época¹, admitia como puntos fundamentales la teoría de la emanacion, el Dualismo; negaba la distincion de las personas de la Trinidad, é imponia grandes abstinencias y singulares pruebas respecto de los sentidos. El gnóstico egipcio Marco, que vino á España donde se unió á una mujer distinguida llamada *Agapa*, y el retórico *Elpidio*, pasan por verdaderos fautores de esta herejía. *Prisciliano* se hizo su discípulo, logrando ganar para su causa á muchas mujeres y dos obispos católicos. *Higinio*, obispo de Córdoba, fue el primero que descubrió esta secta. *Itacio* de Mérida é *Itacio* de Sosuba ú *Osonoba* la combatieron con ardor. El concilio de *Caesar-Augusta* (*Zaragoza*) excomulgó á *Prisciliano* y á sus adeptos (380), confirmando la sentencia el emperador *Graciano*; pero *Prisciliano* supo ganarse el favor de la corte, y ya *Itacio* se veia seriamente amenazado, cuando el emperador *Graciano* fue derribado por el usurpador *Máximo*, quien se decidió por el segundo. Citado *Prisciliano* ante un concilio en *Tréveris*, fue condenado en él, y ejecutado con sus partidarios, *Felicísimo*, *Armencio* y otros, despues de haber confesado que habia enseñado doctrinas inmorales, y que habia orado desnudo en asambleas nocturnas á las cuales asistian mujeres (385). En vano san *Martin* de *Tours* dirigió á *Máximo* súplicas y representaciones: la sangre de los herejes corrió por primera vez, á consecuencia de una sentencia eclesiástica. San *Ambrosio* y los mas dignos representantes de

¹ *Sulpicii Severi* Hist. sacr. II, 46, 51; III, 11 sq. *Orosii* Commonit. ad August. de errore Priscillianor. in op. Augustini, t. VIII. Leon. ep. 15 ad Turibium. Cf. *Walch*, Hist. de las herej. t. III, p. 378.

la Iglesia se mostraron indignados de la crueldad de *Itacio*, y no quisieron seguir teniendo con él relacion alguna. *Prisciliano* fue por mucho tiempo venerado como mártir entre los suyos. El concilio de *Braga* (563) tuvo todavía que decretar leyes contra sus partidarios.

2.º *Audio* (*Udo*), lego, nacido en *Mesopotamia*, habiendo desconocido en parte la necesidad del cambio verificado en las relaciones de la Iglesia con el Estado, vituperó inocentemente la conducta de los eclesiásticos, mas mundana que apostólica. Perseguido y excomulgado, se separó de la Iglesia católica, fundando algunos obispados entre los godos. Los *Audianos* debieron de haber recibido de su obispo doctrinas antropomorfitas, protestaron contra los decretos de *Nicea* sobre la Pascua, y evitaron toda comunicacion con los Católicos hasta su completa extincion, á principios del siglo V¹.

3.º Un tal *Adelfio* formó en *Mesopotamia* la secta de los *Adelfianos*, vulgarmente denominados *Masalianos*, los cuales no admitian otro medio eficaz para triunfar del demonio mas que el rezo. Todo trabajo que interrumpiese la oracion era pecado para ellos, y los Sacramentos no tenian valor para aquel que habia llegado á la perfeccion espiritual. No poseian nada, pues tal era la exageracion de su espiritualismo, que se hubieran creido degradados con la posesion de bienes terrestres, y erraban sin domicilio fijo. Estos sectarios se propagaron principalmente en la *Siria*², á pesar de las decisiones severas del concilio de *Antioquia* (390).

4.º Ciertos usos eclesiásticos dieron origen á recriminaciones exageradas y oposiciones sin medida, á causa de sus abusos y de su falsa aplicacion. Así es que el sacerdote arriano *Aerio* de *Sebasteste* sostuvo que obispos y sacerdotes eran iguales, cuando su antiguo amigo *Eustaquio* fue elevado á la silla episcopal de *Sebasteste*; que la oracion y la limosna por los muertos eran inútiles, y que las solemnidades pascuales eran supersticiones judáicas³.

¹ *Epiphan. Haer.* 70. *Theodoret. Haeret. fabul.* IV, 10. *Hist. eccl.* IV, 9.

² Tambien llamados *Mazzelinos* en *Armenia* y en *Siria* despues del 360. Cf. *Epiphan. Haer.* 80. — *Theodoret. Haer. fabul.* IV, 11: *Hist. eccl.* IV, 10. — *Photii Cod.* 52. — *Walch*, *Hist. de las herej.* t. III, p. 481.

³ *Epiphan. Haer.* 75. — *Philastrii Haer.* 73. — *August. de Haeresib.* c. 83.

Eustaquio († 330), por su parte, cayó en un extremo contrario: imponía severos ayunos aun en los domingos y otras festividades, consideraba impuro al matrimonio, y prohibía todo trato con los sacerdotes casados, contra varios expresos cánones del concilio de Gangres ¹ (del 362 al 370). Joviniano ², monje romano, sensual y epicúreo, se pronunció contra la consideración de que gozaba el monaquismo. El monje, decía él, no es mas santo que cualquiera otro hombre. La felicidad eterna es una: todas las recompensas del cielo no se merecen, sino que se dan á todos iguales; que un poco mas ó un poco menos de penas en este mundo no pueden aumentarlas ni disminuirlas: lo mismo debe pensarse de los pecados y de los pecadores. La virginidad no tiene privilegio alguno sobre el matrimonio, decía en unión de Helvidio ³, discípulo del arriano Auxencio de Milan (390). María cesó de ser virgen despues del nacimiento de Cristo.

Vigilancio ⁴, sacerdote galo (402), dirigió su polémica contra el celibato, el culto de los Santos y las reliquias, llamando á los Católicos adoradores de ceniza y polvo. «No hay nada de muerte en este culto, respondía con ardor san Jerónimo; antes por el contrario la piedad de los fieles ve en él otra cosa distinta. Al honrar las reliquias, su corazón se eleva hácia los Santos que viven en Dios, que es el Dios de los vivos y no de los muertos. Aun cuando el sentimiento de un piadoso respeto pueda extraviarse, siempre merece respeto. Jesús alabó á la mujer que perfumaba sus piés; y censuró á sus discípulos porque llevaban á mal una acción poco conveniente á sus ojos.» Helvidio y Bonosio fueron aun mas léjos que Joviniano, al pretender que María tuvo de José á los hermanos y hermanas de Jesús, de que habla el Nuevo Testamento. San Ambrosio opuso á Bonosio la creencia invariable de la Iglesia católica en la perpétua virgini-

¹ En *Mansi*, t. II, p. 1093. Cf. *Socrat.* II, 43.

² *Hieronym.* adv. Jovin. lib. II. (opp. t. II, p. 238 sq.). *Aug.* de Haeresib. c. 82. — *Siricii* ep. ad divers. episc. adv. Jov. (*Constant.* ep. Pont. 663 sq.). — *Ambr.* Rescript. ad Siric. (*Constant.* p. 670 sq.).

³ *Hieronym.* adv. Helvid. (opp. t. II, p. 205 sq.). — *Gennadius*, de Vir. ill. c. 32. — *Aug.* de Haer. c. 84. — *Walch*, Hist. de las herej. t. III, p. 577.

⁴ *Hieronym.* adv. Vigilant. (opp. t. II, p. 387 sq.); ep. 61 ad Vigilant.; ep. 109 ad Riparium (opp. t. I).

dad de María ¹. Al mismo tiempo rechazó la Iglesia como blasfematoria la adoración de María, practicada por los Coliridianos de la Arabia.

5.º Los Paulicianos ² (publicanos, pópulicanos), á quienes se ha procurado idealizar y transfigurar en nuestros dias, no eran mas que los Priscilianos del Occidente, teniendo el mismo origen y tendencia que los del Oriente. Descendian de los Maniqueos por Paulo y Juan, hijos de la maniquea Callinicia de Samosata. Estos dejaron el lugar de su nacimiento, é intrigaron en Armenia, fundando en Epíparis una escuela que llegó á ser el plantel de la secta, cuya existencia se prolongó hasta el tiempo de Constantino Pogonato (668-85). Bajo este mismo Emperador, dió cierto aliento á la secta el llamado Constantino de Mananalis, cerca de Samosata en Siria, el cual se creyó llamado á fundar, en oposición á la Iglesia católica, nuevas comunidades apostólico-paulicianas, segun las formas de los Gnósticos y los principios de los Maniqueos eclécticos (hácia el 680). Estas comunidades no admitian mas que las epístolas paulinianas, como fuentes de la verdad revelada, además de los cuatro Evangelios: rechazaban el Antiguo Testamento, las epístolas apostólicas, el Apocalipsis, los simbolos de la Iglesia, toda la literatura eclesiástica y todas las formas litúrgicas. Pretendian que el cristianismo pauliniano era la manifestación última del verdadero Dios, y que la Iglesia católica era el reino del espíritu de las tinieblas. Era tal su orgullo, que pretendian tambien ser los solos dignos del nombre de cristianos; y que su comunidad era la verdadera Iglesia católica, al paso que los cristianos no paulinianos no eran mas que ro-

¹ *Ambr.* de Instit. virginis (opp. t. II, p. 249 sq.). Cf. *Siricii* ep. 9, l. I.

² La fuente mas antigua, y descubierta hace poco, es *Joh. Uzniensis* Armenianor. Catholici oratio cont. Paulicianos, despues del 718 (opp. ed. *Aucher*, Venet. 1834). — *Photius*, in *Wolfii* Anecdota Gr. Hamb. 1722, t. I y II, y en *Galland.* Bibl. t. XIII, p. 603. — *Petri Siculi*, por los 872, *Hist. Manichaeor.* gr. et lat. ed. *Raderus*. Ingolst. 1604, y *Max.* Bibl. PP. Lugd. t. XVI. *H. Schmid*, *Hist. Paulicianor. oriental.* Hafn. 1826. *Engelhardt*, los Paulician. (*Winer* y *Engelh.* Diario, 1827, t. VII). *Gieseler*, los Paulician. (Estud. y crit. de *Ullmann* y *Umbreit*, 1829, t. II, entr. 1.ª). Cf. Exposición concisa, fundamental sacada de las fuentes arm. y gr. de *Windischmann*. (Tubinga, Rev. trim. teol. 1833, p. 49-62).

manos. Y por mas que procuraban ocultar sus errores bajo fórmulas ortodoxas, favorecian las opiniones fantásticas y míticas de los Gnósticos y Maniqueos, considerando al sol como una manifestacion visible de Dios, y llamándole Cristo. Respecto de la humanidad de Cristo, participaban los Paulicianos de los errores de los Docetas. La redención no era para ellos otra cosa mas que un procedimiento de purificacion comenzado por Cristo, y que debía acercar poco á poco á todos los espíritus á su fuente divina. Su exclusivo espiritualismo les hacia rechazar, con un orgulloso desprecio de la materia, todos los medios de salvacion de la Iglesia católica. El emperador Pogonato encargó á Simeon, dignatario del imperio, para que los persiguiese, el cual en efecto hizo ejecutar al jefe de la secta. Á pesar de esto, continuó la secta conservando un jefe, rodeado de compañeros de ruta (*comperegrini*), y notarios como hermanos auxiliares. El mismo Simeon, despues de haber sido su perseguidor, llegó á ser su jefe ú obispo, bajo el nombre de Tito en Cibosia de Armenia, y fue condenado á muerte con otros muchos en una nueva persecucion, durante el reinado de Justiniano II (685-95). Paulo, uno de los paulinianos mas principales, se escapó de la muerte y se consagró activamente á la propagacion de la secta, estableciendo su silla en Fanarea del Helesponto. El emperador Leon el Isaurio, á quien habia seducido el hijo de Paulo Genesio (Timoteo), fue protector de los Paulinianos. Mas adelante encontró un jefe vigoroso en Sergio (Tychicus) (hacia el 777), personaje lleno de orgullo que se llamaba á si propio la luz, la guia de salvacion y el buen pastor, y se hizo adorar por sus discípulos íntimos como el Paráclito, al cual invocaban, añadiendo al final de sus oraciones lo siguiente: «Tenga piedad de nosotros el Espíritu Santo.» Semejantes excesos y tan extrañas novedades dividieron la secta y excitaron ardientes discusiones en su seno. Por último, los severos edictos del emperador Miguel Rangabé (811-13), de Leon el Armenio (813-20) y de Teodora (843) los redujeron á entrar en la Iglesia católica despues de una expresa abjuracion de sus errores ¹.

¹ La fórmula de la abjuracion en *Galland. Bibl. t. XIV, p. 87 sig.* Exsecror et anathemate devoceo eos omnes qui dicunt corpus è malo principio prodiisse, et quae mala sunt existere naturá. Exsecror nugacem ac futilem Manetis fabu-

Los que se obstinaron sufrieron atroces suplicios, quedando de este modo la secta casi enteramente destruida ¹.

Ojeada retrospectiva.

Para apreciar mejor la prodigiosa influencia de la Iglesia católica en el imperio greco-romano durante esta época, es necesario comparar los resultados obtenidos con la situacion religiosa y moral del imperio antes de la introducción del Cristianismo. ¿Quién no se ha de llenar de admiracion y de respeto hácia aquellos pueblos generosos, recordando con cuánto entusiasmo acogieron griegos y romanos la predicacion del Evangelio; con cuánto heroismo lo defendieron durante las persecuciones; con qué fidelidad emplearon su ciencia profana en explicar y desarrollar los dogmas cristianos en una literatura, cuyas obras maestras quedarán siempre como modelos de las escuelas cristianas, y como fuentes de las mas nobles inspiraciones; recordando, por último, con qué fuerza han constituido y organizado la Iglesia, realizado las ideas cristianas por medio de los simbolos misteriosos de un culto sublime, y dado al mundo

lam, quam ait primum hominem nobis dissimilem formatum, etc. Exsecror eos qui dicunt Dominum nostrum Jesum Christum specie tantum manifestatum fuisse, etc., qui Christum solem esse dicunt, et solem ac lunam caeteraque sidera venerantur, etc. Exsecror eos qui transmigrationem animarum statuunt, quam et animarum de vase in vas defusionem appellant, etc. Anathema iis qui sanctam Deiparam Mariam contumelia afficiunt, — qui à communionem venerandi corporis et sanguinis Christi abhorrent, — quique baptismum aspernant, etc.

¹ Los *Hypsistarianos* en Capadocia, de cuyo partido habia sido adepto en otro tiempo el padre de san Gregorio Nacianceno, no eran en efecto, segun *Böhmer*, una secta cristiana, sino los restos de una religion primitiva extendida en el Asia, ó mas bien, segun *Ullmann*, un sincretismo formado del Judaismo y de la antigua religion de los persas, ó de otro modo, el ensayo de una fusion de los elementos cristianos y paganos en medio de la fermentacion religiosa de los primeros siglos de la Iglesia. Los *Masárianos* ó *Eufemitas* (*coelicolae*) se asemejaban á los *Hypsistarianos*; despreciaban toda divinidad, y no adoraban mas que al solo *Dominador*, honrándole por mañana y tarde en templos particulares con cánticos y oraciones. Cf. *Böhmer*, de *Hypsistariis praefatus est Neander. Berol, 1824.* — *Ullmann*, de *Hypsist. Heidelberg, 1823.* — FUENTES: *Epiphan. Haer. 80. Cyrill. Alex. de Adorat. in spir. et verit. Gregor. Nacianc. or. 18, § 5. Gregor. Nyssen. adv. Eunom.*